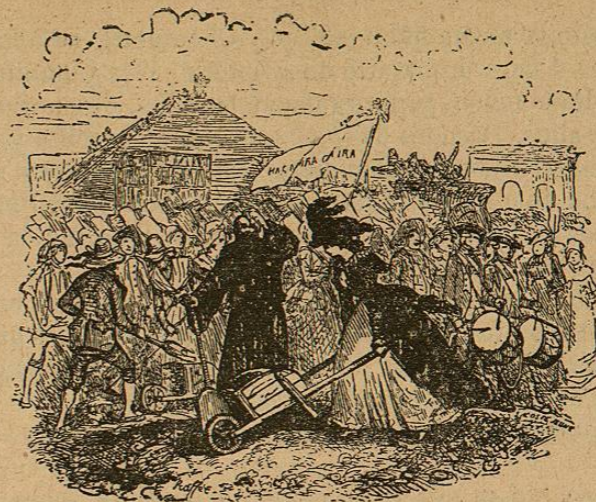
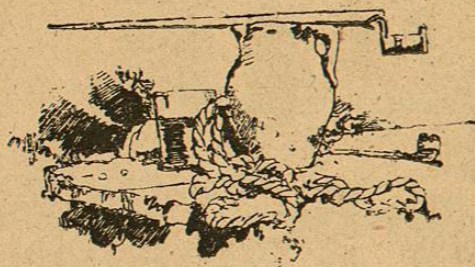


han organizado un movimiento. Pues bien. Ellos han demostrado que quieren sangre. Ese movimiento en que ellos han pretendido arrastrar al ejército revolucionario debe ser el origen para que se cumplan sus anhelos de sangre y de exterminio. Ya que los realistas lo quieren, matemos á Maria Antonieta, á Brissot...»



CAPITULO V

Omnipotencia de los hebertistas en la Vendée. — Su traición (6-19 de Septiembre del 93)

Debilidad de Danton y Robespierre.—División de Hebert y Chaumette.—Poder é insolencia de Hebert.—Collot y Billaut en el comité.—Danton se niega.—Los hebertistas en la Vendée.—Celos de Ronsin contra Kleber, etc.—Ronsin sostenido en los Jacobinos por Robespierre.—Traición de Ronsin para que pereciera Kleber (19 de Septiembre).—Kleber y el ejército de Mayence.—El diario de Kleber.—Kleber en Torton (19 de Septiembre).

Las leyes del 5 de Septiembre, justificadas por el exceso de peligros, por el horrible acontecimiento de Tolon, por el abismo infinito que la traición abría en Francia, tenían el inconveniente de no responder á la primera necesidad de la situación señalada por Danton el 1.º de Agosto: *la necesidad de un gobierno.*

Lejos de crear un gobierno aquellas leyes debilitaban la ya débil autoridad que tenía el comité de Salud pública.

Las dos grandes autoridades morales, Robespierre y Danton, quedaban aminoradas. La menor herida que les infiriera la prensa en aquel momento les sería fatal. El eclipse de Robespierre el 5 de Septiembre hubiese significado la muerte de otros hombres. La prensa era Hebert. Los Jacobinos se dividieron el día 4 y el 5 no se mostraron más que en segunda línea. Los jacobinos iban á la retaguardia de las medidas de terror.

¿Quién había vencido? La Comuna. Pero la Comuna de París no podía tomar en serio y pretender gobernar la Francia.

La Comuna eran dos hombres: Hebert y Chaumette:

Se ha visto la forma hábil en que Chaumette escamoteó el movimiento del día 4 para prepararle una victoria á la Comuna. Verdadero artista de la Revolución, supo organizar triunfos, obtenerlos, pero no se aprovechó de ellos. Después del 5 Chaumette se ausenta y conduce á su madre enferma al Nièvre. ¿Chaumette estaba contento y satisfecho de su victoria? Lo dudo. Esta le imponía limitar los procedimientos é instintos tiránicos de los comités revolucionarios. Esto fué lo que intentó más tarde y lo que le condujo á la muerte.

Hebert no quería nada de todo esto. Dueño de la Comuna por la ausencia de Chaumette, dueño de los Cordeleros, entre los que distribuyó muchos cargos del ministerio de la Guerra, podía incluso prescindir de los Jacobinos en las grandes cuestiones.

Los Jacobinos sentían deseos de arrepentimiento ante su división.

Hebert recordó su miserable pasado y sintióse sobrecogido de temor ante la insignificancia de su historia y los borrones que en ella aparecían. Esto impidió que pidiera el poder por entonces. Pero sagaz y astuto como era sometió á un estudio á Danton y á Robespierre, y cuando vió la debilidad extremada de estos y su sumisión á las inspiraciones del *Pere Duchesne*, con osadía impúdica pidió el primer puesto del gobierno de Francia.

Entretanto su amigo Collot d'Herbois entró el 6 en el comité de Salud pública. Collot era el hombre de las frases coléricas, de las lágrimas, los sollozos, las pasiones ardientes. Era la orgía en la tribuna. Daba miedo aun á sus propios amigos. A este terror fantástico el comité opuso el terror fijo, llamémosle así, severo, gubernamental y matemático: Billaut-Varennes. Era la línea recta, el proscritor de las curvas.

El contrapeso posible era Danton, pero declaró éste que jamás entraría en el comité.

Para ello debía de aceptar dos terribles condiciones ante las cuales se sentía desfallecer:

La muerte de los girondinos y
La muerte de la Vendée.

Quiero decir la Vendée patriota. Esta, mezclada con la Vendée realista, debía de perecer según el sistema de los hombres como Hebert, dueño de la situación. El amigo de Hebert, Ronsin, se encargó de hacer un desierto de dos ó tres departamentos. Quería dejar al porvenir este monumento de su nombre. Ronsin hablaba en tono enfático de su victoriosa espada. Autor de mediocres *vaudevilles*, era un hombre singularmente perverso, y por vanidad y ambición se le lanzó á que cometiera un acto execrable. La primera cosa que los hebertistas pidieron al comité fué la creación del ejército revolucionario, cuya jefatura le aseguraba la plaza á Ronsin.

La discusión surgió entre los dos sistemas de ejército y de lucha. Los verdaderos militares Canclaux, Kleber, querían someter á la

Vendée. Los falsos como Ronsin, Rossignol desesperaban de que esto pudiera realizarse y querían aniquilarla.

El comité de Salud pública ordenó el 20 de Julio que se quemaran los bosques y que todos los habitantes refluyeran al interior.

Rossignol llegó á Fontenay, entre los representantes Bourdon y Goupilleau para decirles: «Voy á quemar Cholet.» Y más tarde, cuando una población patriota asediada por los vendeanos le pide socorros dice: «Iremos á quemarla.»

El hambre, la muerte rodeaba á la mayoría de los buenos patriotas.

Tengo á la vista un montón de cartas que revelan la fatalidad de la situación. Los realistas eran más afortunados. Mientras Barere desde la tribuna los exterminaba dos veces cada semana, ellos hacían sus trabajos tranquilamente. Pero los patriotas continuaban todos los días bajo una amenaza de muerte. Si parten mueren de hambre y miseria. Se les recibía con desconfianza: «¡Ah, sois de la Vendée! ¡Fuera de aquí, perros!» Esta era la hospitalidad que encontraban en todas partes.

¿El sistema de los hebertistas era el del Comité? Se ha demostrado lo contrario. El más simple buen sentido indicaba que se iba á matar de hambre á la Vendée republicana y *monarquizar* á la Vendée neutra. Esto ocurrió en 1794.

Cuando Rossignol declara ingenuamente que va á quemarlo todo, Bourdon y Goupilleau retrocedieron. Bourdon, exprocurador corrompido, furioso y farsante era de los llamados *enragés*. Sin embargo, cuando escuchó á Rossignol retrocedió espantado.

Que Carnot y el comité rechazaran á Bourdon para el ejército de Mayence era un esfuerzo heroico que ellos no estaban en estado de realizar. Ronsin y Rossignol efectivamente, en vez de obedecer discutieron en Saumur para retener á los mayeneses. Vencidos por la mayoría firmaron el plan de Canclaux, adoptado por el comité de Salud pública. Canclaux y Kleber partieron para Nantes. Rossignol para Saumur. Ambos ejércitos debían traspasar la Vendée y reunirse en Mortagne. Un lugarteniente de Rossignol con mando en la costa debía de apoyar á Canclaux sobre la derecha.

El día 4 de Septiembre cambia la faz la situación. Ronsin, viendo la victoria de los hebertistas, viéndose ya en el mando del ejército revolucionario, y abandonar la dictadura militar de la Vendée para ejercer la de Francia, se prepara y pide con verdadera solicitud ser nombrado jefe del ejército de Mayence. Para que un poetastro como Ronsin pudiera ser nombrado en cuatro días general en jefe de un ejército era necesario que hubiera demostrado inteligencia, aptitudes para cargo tan importante. Y fué muy útil para él que este ejército de la Vendée, cuando no se le quiso dar, fuera destruído, por que este fracaso demostró los conocimientos de Ronsin á él que ya había previsto tan fatal resultado. Ronsin sabía demasiado que los vendeanos querían ga-

narlo todo por medio de un golpe decisivo. El resto les importaba poco. Hacían frente á Kleber cuando era necesario. A Ronsin le volvían la espalda despreciativamente. Tenía también ésto probabilidades de encontrar débiles las fuerzas vendeanas. Convoca á un consejo de guerra y anula el plan del comité de Salud pública.

¿Por qué se agitaba tan osadamente? Contaba con dos cosas: la parcialidad de los representantes Choudieu, Bourbotte hacia Rossignol y los arreglos de Robespierre para cubrir á todo el partido hebertista.

Bourbotte, el Aquiles de la Vendée, bravo y de poca cabeza, tenía cerca de sí un agente de Robespierre, un hombre honrado, Aubigny, que entró á su servicio recomendado por Robespierre y Saint-Just como un buen hombre.

La sesión que se celebró el día 11 en los Jacobinos fué terrible. Todos se expresaban de un modo oscuro. Las palabras dejaban sólo vislumbrar algo de lo que se quería decir. Hablábase de simples bagatelas para ocultar las cosas terribles que germinaban en el cerebro. En realidad se trataba del incendio de tres departamentos, del exterminio de todo un pueblo.

La tragedia se reveló en toda su trágica desnudez cuando Bourdon desgarró el velo que la cubría. Bourdon el *enragé* dijo á voz en grito: «¿Qué queréis! He quemado siete castillos, doce molinos, tres pueblos. ¿No me dijistes que no dejase en pie la casa de un solo realista?» Y al mismo tiempo conminó á Robespierre para que dijera si él no había dado pruebas escritas de todo lo que decía al comité de Salud pública. Se le hace callar á Bourdon á fuerza de gritos.

Lo más triste fué ver á Danton hablando contra los dantonistas y elogiando á Henriot, á Rossignol, mendigando sus favores.

La debilidad de Robespierre y Danton por Rossignol, obrero que se convirtió en general, tiene una muy lógica explicación. Ya hemos visto que fueron lo mismo con los demás héroes de origen oscuro, con Hoche, hijo de un palafretero y sobrino de una vendedora de frutas; con Jourdan, cuya mujer vendía baratijas en medio de la calle, etcétera, etc.

Esta sesión ofreció el curioso espectáculo, grande y majestuoso de varios hombres de genio que se increpan agriamente envolviendo los ataques en frases de soberano ingenio, estudiando la forma más bella de hacer más daño. Las pasiones asomaron al borde de los labios.

Bourdon ataca á los Jacobinos y adopta una forma violenta. Los políticos le escuchan y callan. Temen hacerle popular discutiendo con él. Robespierre no tiene para él más que una frase para humillarle y hacer ante los demás como que excusa sus arrebatos: «Sin duda, no hace más que aplazar la fecha de su arrepentimiento.»

Cuando el relato de esta Asamblea llegó á Saumur Rossignol enfermo, encontrábase en la bañadora. Ronsin supo aprovechar el suceso. Creyó que Rossignol, sostenido por Danton y Robespierre, había sido di-

vinizado en París y que tras de su nombre podían cometerse las mayores monstruosidades. Asesinar á los enemigos, realizar violencias de todo género, este fué el primer pensamiento de aquel cerebro que apenas entrevió la inmunidad se entregó á las más inexplicables é insensatas fantasías.

Rossignol dictó: 1.º A los Jacobinos dijo que obtuvo grandes ventajas (y aun no había hecho nada); 2.º A Canclaux que el consejo de guerra celebrado el 11 no ha sido útil á su plan de campaña.

Canclaux y el ejército mayenés estaban en movimiento.

Cinco departamentos tocaban á somatén. El levantamiento en masa debía de realizarse forzosamente. Todo el mundo partía (de los 18 años á los 50) con fusiles y horquillas. Cada uno cogía víveres para cinco días. Más de cuatrocientos mil hombres se habían reclutado ya. ¿Era necesario que Rossignol desde su bañadora diese órdenes para detenerlo todo? Hubiera sido ésto un golpe ridículo. ¿Qué dirían los realistas y la Vendée amenazados para que no ocurriera nada? ¿Cómo se reiría la gente! Canclaux estaba obligado á marchar hacia adelante.

Si Ronsin hubiese hecho al mismo tiempo que escribiera Rossignol una carta á Chalbos diciéndole que no debía de secundar á Canclaux nada se hubiera perdido. Se hubiera hecho enmudecer el somatén que sonaba en la baja Vendée, poniendo sobre las armas á gente que no había de ser utilizada. La carta de Rossignol á Canclaux fué escrita el día 14 y la carta al teniente Chalbos dos días más tarde, de suerte que el gran movimiento iniciado continuó, pero Canclaux, al observar la equivocación, dijo: «¡No importa; si Rossignol no cree oportuno salir de Saumur, aquí, su lugarteniente con el levantamiento en masa nos protegerá y nos sostendrá!» De este modo él y Kleber se meten en el corazón de la Vendée, que es lo que deseaban.

No tenía á su mando más que este pequeño ejército, y sin embargo, se sentía invencible. Su asombro fué extraordinario cuando vió reunidos á diez mil individuos. Ejército ardiente como ninguno, admirable por su amor á la patria y á la República y capaz de las mayores abnegaciones. Tenía esta columna en sí la fuerza y la gravedad de una idea que defender.

Este ejército contuvo al extranjero durante un verano y logró que la estimación de Europa resurgiera en favor de la Francia. Tenía la fe acendrada de terminar la Vendée, y sin embargo, ¡de cuantas traiciones y asesinatos fué víctima!

Citemos á Lépici, hombre honrado, inocente, heroico, que bajo el imperio continuó siendo el soldado de la República, el hombre del deber sin ambición. Dieciséis años después del 93 era aun simplemente coronel, cuando durante la última jornada de la horrible carnicería de Eylau, cuando todo el mundo estaba abrumado, extenuado y muerto, él reanudó de nuevo la batalla, atravesó dos veces el ejército enemigo y dió la victoria al emperador.